



SUMARIO

I. La infancia abandonada. — II. Los dos naufragos. — III. Los dos cetos. — IV. Cuento. — V. Explicación del grabado. — VI. El regalo de este número. — VII. Lo peor. — VIII. El pelicano. — IX. Mar y cielo. — X. Bibliografía. — XI. Antiguo testamento. — XII. La fuente y la palmera. — XIII. Sueltos.

LA INFANCIA ABANDONADA.



UGIÉRENOS este epígrafe la ingrata perspectiva que presentan los alrededores de la capital á deshora de la noche, particularmente durante los meses de calor.

Por donde quiera que se tienda la vista vense seres desdichados dormitando sobre la dura piedra, para reposar del cansancio que les ocasionaran de día sus excursiones por la vía pública para mendigar el pan de la caridad.

¿No tienen padres esos seres?

Pues si penetráis en poblado y os ponéis en observación, veréis á cientos muchachos de ambos sexos, adolescentes algunos, gritando sin cesar billetes de la Lotería, cajas de fósforos ú otras mercancías y baratijas que por su

insignificancia no pueden proporcionarles el sustento, mientras que adquieren hábitos de vagancia y vicios que la sana moral condena: veréis jovencitos que ni asisten á la escuela ni á los talleres, niñas de diferentes edades que con el pretexto de vender flores ú otros géneros análogos pululan por calles y cafés, los unos aleccionándose en la rapiña, enredándose las otras en las terribles mallas de los deslices.

¿Tampoco tienen padres estos desgraciados?

Si no los tienen, la autoridad debe remediar los males que ocasionó la fatalidad, iniciando y apoyando la creación de centros donde reciban enseñanza y buenas costumbres, y si los tienen y les dejan abandonados por incuria ó por rebeldía de los jóvenes mismos, imponer penas ó castigos proporcionados á la falta, con el fin de corregir tales extravíos.

El abandono de la infancia es el virus social que corroe las entrañas de las naciones, porque los niños llegan á ser hombres, y los hombres que no se han educado en el conocimiento de las artes ó de los oficios, que no pueden ni saben desempeñar ningún trabajo, tienen forzosamente que pesar sobre el país, y para

vivir han de quebrantar los preceptos que la legalidad común tiene establecidos para procurar el equilibrio de la sociedad.

Del ocio ya se sabe que no puede brotar nada fecundo, y si las generaciones se van sucediendo, llevando encarnadas en su organismo la indolencia y el abandono de la infancia, llegará un día en que se resientan los intereses generales y caigamos en la más punible decadencia.

Es una mala costumbre, y las malas costumbres públicas hieren las fibras más vitales de los pueblos.

No preguntéis á nadie los orígenes ó causas que motivaron la caída del poder romano, la extinción del de la antigua Grecia, ni el abatimiento de Cartago: no investiguéis el por qué distamos tanto del brillo que alcanzaron nuestros mayores, ni pongáis un momento en duda, que á pesar de los descubrimientos, á pesar de los poderosos auxiliares, de los valiosos agentes que el estudio proporciona á los hombres del siglo, no reconquistaremos en mucho tiempo el tradicional renombre de nuestros abuelos.

¿Sabéis por qué?

Porque van desapareciendo los hábitos del trabajo.

La infancia abandonada no produce más que hombres frívolos, holgazanes; y de la holganza no se puede esperar otra cosa que relajación inmoralidad, crímenes.

Cuanto más se extienda y generalice ese abandono, tanto más crecerá el mal en la edad madura, y la multiplicidad de ese ejemplo caracteriza á los pueblos.

El pueblo instruído es trabajador, y con el trabajo prospera.

El pueblo ignorante es indolente, y perece.

Bien es verdad que todas las localidades no disponen de iguales elementos de vida; pero siendo instruídos y laboriosos, donde quiera hay recursos para llenar la misión que traemos al abrir los ojos á la luz del día.

Los pueblos á quienes la naturaleza no ha dotado de un terreno feraz, propio para el cultivo de las plantas, poseen montañas ó mares en cuyo seno se encierran riquezas incalculables; los que no pueden explotar ninguno de estos veneros por los rigores del clima, tienen caudalosos ríos que les prestan su pesca y pueden poner en movimiento miles de aparatos fabriles; los que no disfrutaban tampoco de estos beneficios, pueden consagrarse á otras manufacturas, con el impulso del vapor; que también las industrias florecen allí donde tienen que importarse primeras materias, con las tantas combinaciones y elementos que la ciencia enseña.

Donde el conocimiento de las ciencias no puede implantarse y generalizarse, se estudian y cultivan las artes, los oficios, la industria, el comercio; pero donde quiera se puede trabajar con más ó menos fruto.

La vagancia no puede justificarse nunca á los ojos de la sociedad, como no puede consentirse el abandono de la infancia, si hemos de evitar el caer en la indolencia, y si hemos de hacernos dignos del respeto de otros pueblos.

JOSÉ NOVI Y PEREDA.

LOS DOS NÁUFRAGOS.



A tempestad rugió, sopló desencadenado el viento, revolviéronse las olas y fué destrozada una nave, salvándose tan sólo dos de sus tripulantes, abrazados á una tabla. Las ondas llevaron á los dos náufragos, casi moribundos, á una desnuda roca, elevada en medio del mar, donde merced al descanso, recobraron el aliento y las fuerzas.

Dos días permanecieron allí, casi sin moverse, y la necesidad implacable del hambre los iba reduciendo al último extremo. No había ni siquiera motivos de esperanza. ¿Quién podría socorrerlos allí, aislados en medio del Océano, ignorando el punto donde se encontraban?

¡Terrible agonía!...

Uno de los náufragos, desfallecido y estenuado, clamó con la mayor desesperación:

— ¿Por qué habrá querido la suerte librarlos de morir ahogados, si al fin nos espera la muerte mil veces más terrible del hambre? Me estremezco al considerar el tristísimo fin que me aguarda.

El otro permaneció silencioso, revelando en sus facciones una gran resignación.

— Cualquiera que sea el fin que el cielo me reserve — dijo — lo acepto resignado. Si Dios ha querido que me salvase de las ondas para fenecer de la penosísima muerte del hambre... acato su voluntad soberana.

— Si tengo segura la muerte, prefiero morir en pocos momentos, antes que sufrir largas horas de agonía. Para acabar de una vez, voy á arrojar-me á las aguas.

— No hagas eso. Nunca le está permitido al hombre, aunque se halle en el último extremo, poner fin violento á sus días.

— No haré más que adelantar la muerte algunas horas.

— Todos los momentos de la vida del hombre pertenecen á Dios: no debemos disponer ni de un solo minuto.

Calló el náufrago desesperado, inclinó la desmayada cabeza sobre el pecho, y luego, pareciendo presa de un desesperado furor, lanzó un gemido sordo y profundo, miró en torno suyo con ojos desecados... y se lanzó al abismo.

El otro levantó la vista al cielo, juntó las manos y rezó fervorosamente.

Algunos minutos después aparecía en el confín lejano del horizonte una vela como un copo de nieve, que se iba poco á poco agrandando. Se aproximó la nave, cortando serena la espuma que formara la pasada tempestad. El náufrago fué recogido y rodeado de los más solícitos cuidados.

Al pisar la cubierta de la nave salvadora, hincóse de rodillas, y con lágrimas en los ojos, dió infinitas gracias al cielo, exclamando:

— ¡Gracias, Dios mío: no en vano puse en vos mi esperanza!

Y acordándose de su desgraciado compañero de naufragio, continuó:

— ¡Ah desventurado amigo, cuánto más te valiera no haber perdido la esperanza, último bien de la vida, y haber aguardado unos cuantos minutos más la salvación que se aproximaba! ¡Acaso te estuviese reservada todavía en el mundo una vida feliz y alegre en el seno de la familia!

Quizá el momento en que el suicida fenecía, era el instante, señalado por Dios, para comienzo de su felicidad y próspera fortuna.

REFLEXIÓN: Se ha dicho, y con verdad, que darse la muerte, es un acto de debilidad y cobardía; es volver la espalda ante las dificultades de la vida y declararse incapaz de vencerlas; es una falta de constancia, de energía, de talento, de amor propio, de fe sobrenatural, de pudor y de vergüenza; es negar la Providencia divina y la justicia humana, y es una protesta contra la sociedad. El suicidio es, en suma, una negación práctica de todas las virtudes y de todas las verdades. Es una muerte más infamante que la del garrote.

La desgracia no ha sido ni será nunca perpetua. Tal vez el suicida estaba llamado á disfrutar en época no lejana de todas las felicidades de la vida. Allí donde se cree que está el hondo de las desventuras, tal vez está el principio de la deseada dicha; tal vez allí acaba la desgracia, para dar lugar á una serie no interrumpida de días serenos y bonancibles.

¿Qué es lo que puede inducir al suicidio?...

Nada, si no es el desconocimiento de lo que el hombre se debe á sí propio, á la sociedad, á la naturaleza y á Dios: nada, sino una desastrosa degradación moral, que produce un punible desprecio y aborrecimiento hacia las obras de la creación y hacia nuestros semejantes, á quienes debemos amar fraternalmente, como hijos todos de un mismo padre.

No se concibe el suicidio, ni aun como una consecuencia de una vida llena de crímenes, como último recurso de una conciencia atormentada por remordimientos, como un medio de evitar la vergüenza que pudiera sobrevenir al suicida de la publicación de actos criminales en secreto cometidos.

El suicidio es el último paso de la degradación moral del individuo.

MANUEL GONZÁLEZ ÁLVAREZ.

LOS DOS CETROS

I

Vine un convento á heredar,
Y al mismo convento anejo
Un templo á medio arruinar,
Donde hallé un santo muy viejo
Encima de un viejo altar.

Cogí un bastón que tenía
De caña el santo bendito,
Y dentro un papel había
Que, por D. Pelayo escrito,
De esta manera decía:

II

«Escucha, lector, la historia
Del postrer rey español,
Y á los que amengüen su gloria,
Les ruego que hagan memoria
Que hay manchas hasta en el sol.

Meses anduve cumplidos
Del rey D. Rodrigo en pos,
Desde el día en que, vendidos,
Fuimos en Jerez vencidos
Los del partido de Dios.

Hallé al fin al rey de España
Al pié de este santuario,
Llevando un cetro de caña,
Pobre pastor solitario,
Rey de una pobre cabaña.

Y al verme casi llorando,
Rodrigo habló de esta suerte:
— «Porque te estaba esperando
No me hallo ya descansando
En los brazos de la muerte.

» Llegué aquí desesperado,
Cuando mi trono se vió
Por traidores derribado...
¡Dios les haya perdonado
Como les perdono yo!

«Desde entonces, entre flores,
Vagando por los oteros,
Recuerdan á mis dolores
El cetro amigos traí lores,
La caña, mansos corderos.

»Tú, elegido por mi amor
Y mi heredero por Ley,
Escoge aquí lo mejor
Entre este cetro de rey
Y esta caña de pastor.

»Sé humilde ó grande. Yo ahora
Me quedo á ejercer contento,
La virtud que el cielo adora,
Que es el arrepentimiento
Que en la sombra reza y llora.»

Dijo, y siguiendo el destino
De su alegre adversidad,
Lleno de un fervor divino,
Tomó Rodrigo el camino
De la eterna soledad.

Yo, Pelayo, os doy la historia,
Del postrer rey español,
Y á los que amengüen su gloria,
Les ruego que hagan memoria
Que hay manchas hasta en el sol.

¡Dios eterno! ¿y de éstas flores
He de dejar los senderos,
Recordando á mis dolores
El cetro, amigos traidores,
La caña, mansos corderos?

¡Sí! que aunque mi alma cansada
Tomaría de buen grado
El arado por la espada,
Tomo por tí, patria amada,
La espada en vez del arado.

Parto, y lo escrito al marchar,
Con la caña al santo dejo.
Caña que á mí vino á dar
Cuando hallé aquel santo viejo
Encima de un viejo altar.

Y hé aquí por qué suerte extraña
Del rey D. Rodrigo, así
Han llegado cetro y caña,
Grande el cetro al rey de España,
Y humilde la caña á mí.

III

A vos, príncipe y señor,
Desde la cuna, rodeado
De todo humano esplendor,
Os escribo ésta, sentado
Sobre unas yerbas en flor.

Vinimos por suerte extraña
A un rey á heredar los dos,
Vos su cetro, y yo su caña;
Vos el cetro Real de España,
Yo el que humilde llevó Dios.

Cansancio ó tedio espantoso
El cetro os dará algún día;
La caña, más venturoso,
Al menos ¡ay! os daría
En la oscuridad reposo.

Yo, en vez de rey desdichado,
Seré un dichoso pastor,
Pues ya el mundo me ha enseñado
Que entre el cetro y el cayado,
El cayado es lo mejor.

¡Cuánto seréis bendecido
Desde mi humilde rincón,
Cuando os lleven perseguido,
La calumnia, si vencido:
Si vencéis, la adulación!

Cuando yo ande indiferente
Por el monte ó por el llano,
A vos os dirá la gente,
Rey débil, si sois clemente;
Si justiciero, tirano.

¡Cuál será vuestro cuidado
Mientras que todo, señor,
Yo lo olvidaré, olvidado,
En mi trono recostado
De humildes yerbas en flor!

Noble cual vuestra nación,
A vuestra madre imitad,
En cuyo real corazón,
Se aman justicia y perdón,
Se abrazan dicha y verdad.

Y Dios para bien de España,
De su gracia os dé el tesoro.
Dado en mi pobre cabaña;
Yo, el rey de cetro de caña,
A mi rey de cetro de oro.

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

CUENTO

I



HABÍA en un pueblo de Navarra, á la orilla de un río, y sobre una eminencia que dominaba la hermosa campiña, un castillo arruinado, acerca del que se contaban mil patrañas de esas que suelen relatar las viejas y las aldeanas alrededor del fuego, durante las largas veladas del invierno, y que hacen estremecer, llenos de miedo, á los sencillos niños que las escuchan, y que toman por real y efectivo lo que sólo es invención de imaginaciones exaltadas ó desfigurados restos de verídica historia, envuelta con el disfraz de lo maravilloso.

De aquel arruinado castillo contábanse también extrañas apariciones que asustaban á los aldeanos, y que parecían tener realidad, á juzgar por el relato del tío Anselmo, venerable pastor de 70 inviernos, que decía, en medio de una reunión de curiosos campesinos agrupados alrededor de antigua chimenea, estas palabras:

— ¡La Virgen del Amparo me valga! Yo he visto, yo he visto, anoche mismo, á la luz de la luna, y cuando me retiraba con mis ovejas, ese blanco fantasma que hace ya muchos días aparece y desaparece entre las ruinas del castillo.

No pude distinguir bien sus formas, pero sí os diré, que más que susto, dióme ganas de rezar su aparición, pues parecía cosa del otro mundo; pero del otro mundo de arriba, donde están los ángeles, no del de abajo, donde se encuentran los condenados.

— ¿Qué podrá ser? — murmuraban sus oyentes ensimismados.

Y como en esto diere el toque de ánimas en la cercana iglesia, descubriéronse con respeto, santiguáronse, y después de rezar por el eterno descanso de los difuntos, retiróse cada uno á

su modesto hogar pensando medrosos en las apariciones del castillo.

II

— ¡Qué buena sois! Hace quince días caí herido en el último combate que cerca de estas ruinas se dió, entre los opuestos ejércitos de una misma raza, y hubiera muerto abandonado si no me hubieseis recogido, y aprovechando la circunstancia de estar casi inhabitado este castillo, no me dieseis en él albergue y protección.

— ¡No me deis gracias por los beneficios que haya podido dispensaros, porque yo no he hecho más que cumplir con los deberes que la humanidad y la religión me imponen. Volví sola con mi dueña de la cercana aldea, donde me sorprendió el combate, imposibilitándome de regresar á mi casa tan pronto como hubiera querido, cuando, al pasar por cerca de este castillo abandonado, creí escuchar quejidos, y acercándome, os encontré. Ni vuestro estado permitía trasladaros al pueblo, ni era prudente hacerlo, exponiéndoo á nuevas desgracias; no había un momento que perder, y rogándoos hicieseis un esfuerzo, apoyado en mi brazo y en el de mi fiel criada, os traje á esta habitación, donde vive un anciano pastor de mi casa, que bajo promesa de guardar el más profundo secreto, os dió su mismo lecho y me ayudó á vendar vuestras heridas, aplicando sobre ellas jugo de yerbas, que conoce mejor que el más esperto indio. Esto es todo. Yo vengo de vez en cuando á veros, guiada por el deseo de terminar la obra que comenzó la caridad, y que la caridad debe concluir. Ya está usted casi bueno. Cuando se encuentre completamente restablecido, libre es de volver con sus compañeros de armas, ó al seno de su familia, donde acaso pueda ser más útil á Dios y su patria que dando la muerte ó recibéndola.

— Difícil es que vuelva á mi patria ni con mi familia, porque no la tengo, y mi patria está muy distante. Si Dios me concede completo restablecimiento, al abandonar este castillo, dejaré en él mi última esperanza.

— No comprendo vuestro lenguaje, ni es tiempo ahora de continuar una plática que pudiera empeorar vuestra situación. Pensad sólo en recobrar la salud, y ahora tomad algunas gotas de esta bebida, que tanto bien os hace.

Poco después, cerrábanse los párpados del herido, que al perder la conciencia de su ser en las misteriosas tinieblas del sueño, creía ver á su lado el ángel del bien velando por su vida.

III

Han pasado muchos meses, y una hermosa mañana de primavera hallábase la misma joven que vimos á la cabecera del herido, sentada á la apacible sombra de un florido cenador de jazmines, cuando desusado movimiento y extraño ruido percibióse en las calles de la aldea, y la muchedumbre, alborozada, avanzó en confuso tropel, anunciando que algo muy extraordinario ocurría en la pacífica población.

Veíase, en efecto, lujoso escuadrón de caba-

llos, precedido de bien acordada música, y tras de ellos apuestos pajes, llevando sendas y ricas bandejas, cubiertas con paños de oro, sobre las cuales destacábanse calados cofrecillos que contenían brillantes y resplandecientes joyas.

Detrás de todos caminaba en hermoso caballo blanco un apuesto y bizarro caballero; y en llegando toda aquella ostentosa comitiva delante de la modesta casa, bajo cuyo cenador de jazmines estaba sentada la hermosa joven, detuvieron los caballeros sus corceles, separándose respetuosos á ambos lados del cenador; presentándola los pajes los ricos presentes y desmontando el apuesto mancebo, que llevaba en la cabeza una condal corona, dijo, postrando en tierra la rodilla, estas palabras:

—Doncella, la más hermosa que logré ver en mi vida, porque unís á la hermosura del rostro la hermosura del alma; herido y abandonado me disteis la vida, y á pagáros vengo la deuda del agradecimiento, poniendo á vuestros pies mi amor y mi corona.

Ruborosa como la encendida flor del granado, contestóle la hermosa; y pocos días después, los campesinos y labriegos vieron levantarse de sus ruinas el castillo, resonar cantos alborozados en sus salones y la felicidad y la ventura reinar por donde quiera en la dichosa comarca.

IV

—¿Estáis viendo cómo yo tenía razón cuando os decía que la aparición del castillo, si era cosa del otro mundo, era del de arriba, donde están los ángeles? Nuestra buena señora, Blanca de Torrealta, era la aparición, y como la llevaba la caridad, Dios le dió el premio.

Obrad bien, socorred al desvalido, desterrad el egoísmo de vuestros corazones, que el premio le otorga Dios siempre, ó concediéndos la merced de su gracia en recompensa, como la de nuestra señora, ó en los inagotables placeres de la conciencia, satisfecha por las buenas obras.

José GIL DORREGARAY.

EXPLICACIÓN DEL GRABADO

EN la imposibilidad de hablar de todos los antecedentes que precedieron al acuerdo de establecer la función religiosa del *Corpus Christi* en Barcelona, que fué la primera población de España que la solemnizó, nos limitaremos por falta de espacio á referir los que encontramos en un manuscrito antiguo de origen fidedigno.

La antigua capital del Principado, notable por más de un concepto desde los siglos medios, residencia de sus reyes, emporio de la industria y del comercio, orgullo legítimo de los naturales, envidia de los extranjeros de tiempo inmemorial, conociendo su valía y celosa de su nombre, al estatuir la solemne fiesta, dispuso que las varas del palio que cobijaba al Sacramento no pudieran llevarlas sino los Concelleres que constituían su patriado, las personas reales ó los representantes de otras potencias, mensajeros ó embajadores,

siendo tal su rigorismo sobre el particular, que habiendo el virey designado al prior de Cataluña para que reemplazara en cierta ocasión á un Conceller, protestaron todas las clases diciendo «que los eclesiásticos no tenían lugar al palio;» y como enojado aquél diese las varas á simples caballeros, retiráronse resentidas las corporaciones, hasta que la reina escribió dándoles satisfacción cumplida del agravio.

Más tarde, en 1389, no quisieron admitir en la famosa procesión á la cofradía del rey, por el hecho de pretender sus dos mayores llevar en los cirios el escudo de las armas reales.

La fiesta era perfectamente popular y no se toleraban ingerencias que no fueran la expresión del popular acuerdo.

Hé aquí la forma en que marchaban las corporaciones en el acto religioso, que es lo que representa el grabado objeto de estas líneas, dibujado con los trajes de la época.

Primeramente todas las trompas; la bandera de Santa Eulalia; los gonfalones de la Seo; Santa María del Mar; *madona* de Santa María del Pino, San Justo, San Pedro, San Miguel, San Jaime, San Cucufate, y Santa Ana; los blandones ó ciriales de la Seo al lado derecho y los de la ciudad, que son cuarenta, al izquierdo, procedentes de los *estropeados* y *contrahechos*, de los faquines, tallistas, panaderos, tahoneros, pescadores, tejedores de lino, cofradía de San Julián, curtidores, carpinteros, pellejeros y otros gremios; las cruces de las indicadas parroquias y las de la Merced, Carmen, Agustinos, Predicadores (Dominicos) y frailes menores, ó sean los Franciscanos; cierta parte del Clero libre, que nunca excedía del número cincuenta; los escolares y presbíteros adscritos á las iglesias parroquiales; los religiosos Mercenarios, de dos en dos, los Carmelitas, los Agustinos, los Dominicos, los Franciscanos y los Canónigos, con todo el Clero de la Seo.

Después seguían las representaciones: la creación del mundo y los doce ángeles cantando; el infierno con Lucifer encima y cuatro diablos con él; el dragón de San Miguel; el mayoral ó macero conductor de veinticuatro diablos que lidiaban á pié con los ángeles; San Miguel á la cabeza de doce ángeles; el Paraíso *con todo su arreo*; el angel querubín de Adán, solo; Adán y Eva; Caín y Abel; el Arca de Noé; Melchisedec y los Mancebos; Abrahán é Isaac; las dos hijas de Loot; éste y su mujer; Jacob y el Ángel; David y el gigante, y las doce tribus de Israel.

A continuación las numerosas representaciones de la Seo, y por último las no menos admirables y numerosas de Santa Ana, Santa Eulalia, Santa María del Mar y las de los Mercenarios.

Para formar idea de la grandiosidad de la fiesta en aquellos tiempos, dice el cronista anónimo de quien tomamos estos apuntes, que cada personaje ó santo se distinguía allí por sus atributos, así es que concurría todo lo más grande y selecto en cuanto al estado social, y formaban parte del grupo venerando la rueda de Santa Catalina, el plato y los ojos de Santa

Lucía, la roca y un brazo de Santa Tecla, las tenazas de Santa Polonia, la torre de Santa Bárbara, la espada y un corazón atravesado de Santa Brígida, la vestidura *pelosa* de Santa María Egipciaca, el león, el águila y otros infinitos atributos que vemos hoy en los altares.

La custodia es una obra artística monumental de aquel siglo y de riqueza incalculable.

VICENTE D. BORDANOVA.

EL REGALO DE ESTE NÚMERO



EN la lámina que acompañamos al presente número se dibuja el estudio de un pintor de historia, y en él la prole bendecida del artista.

¡Qué felicidad! — exclama en sus ratos de ocio, allá cuando en el seno de la familia estrecha amorosamente entre los brazos á su Benjamín. — ¡Hijo mío! tu vas á eclipsar las glorias de Miguel Ángel; Velázquez y Murillo serían á tu lado niños de pecho si vinieran otra vez á la vida.

Tu travesura es seguro indicio de tu claro ingenio, y tu genio te hará inmortal y rico, ó rico y luego inmortal, que viene á ser más cierto.

¿No es verdad, esposa mía?

¡Qué hijo más mono! ¡qué peloncillo más salado!

—Vamos, hijito, vé á que te arregle la chacha para que salgas con la hermana un ratito á paseo, pues yo tengo que arreglar la casa y papá terminar un lienzo para comprarte un sombrero nuevo.

—Un morrión, papá, un morrión y un sable.

—No, pichoncito mío, que luego te entretienes en alancear á las pobres tortolillas — le dice su mamá.

—Y en agujerear las cortinas y pinchar los cuadros.

—No; papá mío, ya voy á ser bueno y no haré semejantes cosas.

—Bien, pues en tal caso, tendrás morrión.

—Y cartuchera...

—También.

—Pues voy á que me peine la chacha mientras tu te dispones para trabajar.

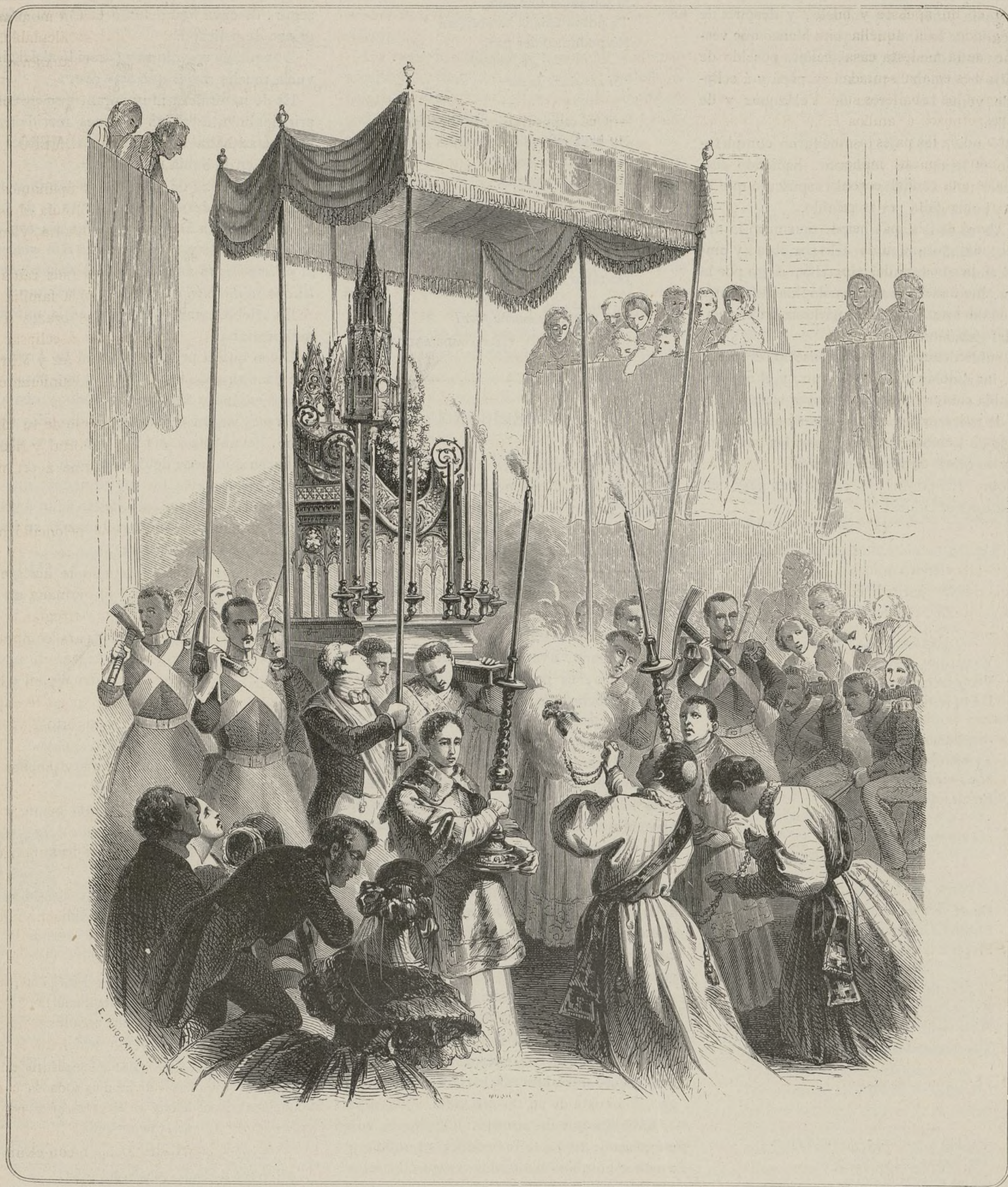
—Ea, pues, un beso, y adiós.

El padre le coge en volandas, el chiquillo le aplica la húmeda nariz junto á la boca, depositando en su bigote alguna sustancia inconveniente y prensando con las piernas la pechera de la camisa, y después de soltarle en el suelo y pasarse el pañuelo por toda la cara, sale brincando el chico á la *pata cojita* por el pasillo adelante.

¿Pero va al cuarto del tocador con el fin de que le asean?

Al salir de la alcoba se había olvidado de su promesa; y encontrándose en el camino á la hermanita mayor, corrió tras ella con ánimo de pintarla el rostro con una brocha vieja que había encontrado á su paso por el estudio.

La niña corría alrededor de los muebles y caballetes para preservarse de la traviesa manía de su hermano, y cansado éste de no poder darle alcance, se fijó en el cuadro que el



LA PROCESIÓN DEL CÓRFUS CHRISTI EN BARCELONA

papá estaba terminando, y dijo, con la mayor formalidad:

—Esto está mal; apenas podrán ver la pintura los que sean cortos de vista; el color de abajo es más pálido que el de arriba.

Y mojando la brocha en la paleta que su papá tenía junto á un modelo, y después de salpicarse de lo lindo el saquito blanco que vestía, se sentó lleno de satisfacción, poseído de que iba á corregir la plana á su papá y á eclipsar de veras las glorias de Velázquez y de Murillo.

Tajo aquí, tajo allá, embadurnó completamente el lienzo de verdemar, haciendo desaparecer todo el dibujo y el crepúsculo que el artista había dado por concluído.

—Ahora se lo digo á papá, murmuró la niña disponiéndose para ponerlo por obra, y emprendiendo el chiquillo tras ella, ciego por la cólera, hizo rodar por el suelo los diferentes objetos de arte que la mamá lucía en el velador del gabinete.

El ruido denunció á los papás, antes que la niña, las diabluras del Benjamín, y el que antes había sido tratado con el mayor cariño, después de merecer los epítetos más acres, sintió el peso de la mano hacia los carrillos posteriores, y se quedó al fin sin morrión.

¡Pobre Benjamín! ¡y cuán caras pagó sus prematuras aficiones!

DOROTEO ALEMÁN.

LO PEOR

—Labrador, suda y trabaja
Y con ojos asombrados
Verás crecer los sembrados
De tu fértil heredad.

—¡Ay, señor!
—¿Temas algo, labrador?
Tu afán premiarán los cielos,
Si no vienen crudos hielos
En alas del vendabal.

—¡Ay, señor!
¡Si eso fuese lo peor!

—Verde está el campo y espeso,
De su verdura en las olas
Encendidas amapolas
Placer á la vista dan.

—¡Ay, señor!
—¿Temas algo, labrador?
Larga cosecha habrá un día,
Si no viene la sequía
Tus sembrados á quemar.

—¡Ay, señor!
¡Si eso fuese lo peor!

—¡Qué gozo, cuando contemples
Tus dichas todas colmadas
En las espigas doradas
Que hizo tu sudor brotar!

—¡Ay, señor!
—¿Temas algo, labrador?
Trigo tendrás á montones,
Si no vienen los gorriones
O la langosta voraz.

—¡Ay, señor!
¡Si eso fuese lo peor!

—Dios conjure de estos sitios
La tormenta de verano,
Que barre en su furia el grano,
El grano que en la era está.

—¡Ay, señor!
—¿Temas algo, labrador?
Si sopla la tormenta,
Tu pobre familia hambrienta
No podría comer pan.

—¡Ay, señor!
¡Si eso fuese lo peor!

—¡Qué campos! ¡Dios los bendiga!
No haya esas plagas terribles
Y verás cuan apacibles
Dulces días pasarán.

—¡Ay, señor!
—¿Temas algo, labrador?
Si hay motivo que te enoje,
Será el no poder la troje
De rubio trigo llenar.

—¡Ay, señor!
¡La guerra es mucho peor!

VENTURA RUIZ AGUILERA.

EL PELÍCANO



ERÁ verdad que este ave se desgarró
abre el pecho con su pico, para ali-
mentar con su sangre á sus hijuelos?»

Creemos que esta opinión popular y muy generalizada un día, «es una pura fábula.»

Esta pregunta se nos hizo ayer con motivo de admirar una rica custodia, cuyo radiante viril está apoyado ó sostenido con las alas de un pelícano de plata dorada.

El pelícano, ave acuática del orden de las palmípodas, es parecida al cisne; pero con piernas mucho más cortas.

Es blanca también, sin embargo de que con los años degenera en rubia.

Se cuentan del pelícano muchas fábulas: la más notable es sin duda la que supone que estima tanto á sus hijuelos, que muere por ellos abriéndose ella misma el pecho ó el estómago, para alimentarlos con su sangre.

Pero es menester tener en consideración que lo que dió lugar á esta creencia vulgar es que debajo del pico tiene una especie de saco en que deposita la pesca que coje nadando, para comérsela después con toda comodidad y holgura.

La manera de abrir este saco para extraer el alimento, apretándolo contra el pecho para dar de comer á sus polluelos, fué el origen de la fábula que se abría el cuerpo con el pico, sin otro objeto que alimentarlos con su propia sangre, ó á costa de su misma vida.

Fábula á que dió asenso, no sólo el vulgo en general, sino que fué admitida también por muchos hombres ilustrados, entre ellos el venerable Fray Luis de Granada, comentando largamente el maravilloso suceso.

Siguiendo esta opinión, el pelícano fué y es considerado por muchos iconólogos como la imagen del amor paternal de Jesucristo, sacrificado por los hombres, y de la estimación de los buenos príncipes para con sus pueblos.

Por la primera de estas circunstancias vemos algunas veces la figura de un pelícano por

base que sostiene con sus alas el viril de la custodia que contiene la Hostia Consagrada, ó sea el Santísimo Sacramento.

El pelícano, propiamente tal y que da su nombre al género, se distingue por la longitud y anchura de su pico, que parece una hacha ó segur, de cuya figura tomó el ave el nombre griego de pelícano.

Aunque de un volumen parecido al del cisne, vuela mucho mejor que este ave.

Es de naturaleza muy voraz, y se encuentra principalmente en las regiones meridionales, aunque se halla también en la América del Norte y en la bahía de Hudson.

Cierta especie de pelícano es también muy común en los desiertos de Egipto y de estos habla el profeta David cuando quiere expresar su estado triste y abatido: «*He sido semejante al pelícano de la soledad. Similis factus sum pellicano solitudinis.*» Salmo 51, versículo 7.

Es célebre también este ave en la mitología mahometana.

Dicen que el pelícano vive en la Arabia, y que hace su nido lejos de las aguas para estar menos expuesto á ser incomodado; y que algunas veces va por ella haciendo dos días de camino, llevándola á sus hijuelos en una especie de buche que tiene debajo del pico.

Añaden también los musulmanes, que Alá se sirve del pelícano para llevar agua á los peregrinos que van á la Meca, cuando se hallan faltos de ella en el desierto.

V. J. BASTÚS.

MAR Y CIELO

I

Inmensa esmeralda cubierta de perlas,
que audaces se elevan en gran confusión,
yo soy el abismo que infunde á los hombres
respeto y temor.

Mil naves me surcan con rumbo seguro,
llevando el progreso de uno á otro confín;
cruzad confiadas, yo soy vuestro padre;
andar es vivir.

Yo soy el gigante que uniendo los pueblos
sus mutuas venturas consigue trocar,
y así poco á poco se ensancha y extiende
la fraternidad.

Yo llevo en mi seno riquezas guardadas,
que nunca los hombres lograrán tener;
¡ay, míseros séres, de orgullo cegados,
sin saber por qué!

Yo soy algún genio quizá incomprensible,
dormido en un lecho de espuma y coral,
que allá en sus delirios se eleva en los brazos
de la tempestad.

Yo soy la gran tumba que guarda los restos
del bravo marino... ¡angel del valor!
Yo soy entre todas, la prueba más plena
de que existe Dios.

II

Dosel de los mundos que por los espacios
se agitan y mueven con marcha veloz,
yo soy el alcázar do viven las almas
al lado de Dios.

Yo presto á la aurora, que nace risueña,
sus franjas de rosa, topacio y carmín,
yo inundo á la tierra de luz y armonía,
¡qué fuera sin mí!...

Yo soy azulado pabellón flotante
de rayos y nieve repleto arsenal,
y tengo en mis nubes cien olas de nácar
como las del mar.

Yo llevo en mi frente riquezas visibles,
con esas estrellas cuya brillantez
quisieran las damas y los poderosos
lucir con desdén.

Yo soy algún sueño, quizá impenetrable
yo soy el recinto de eterna piedad,
yo soy la gran playa do arriban las almas
que saben vogar.

Yo soy el espíritu que anima los mundos,
yo soy el futuro jardín del amor,
yo soy entre todas, la prueba más plena
de que existe Dios.

III

De aducir razones y causas distintas
cesaron á un tiempo el cielo y el mar:
y dijo el poeta, cansado de oírlos:
— Ved la sociedad.

¿Qué sois entretanto vosotros? ¿Qué hicisteis?
Desde vuestro origen, seguir siempre igual;
Dejando riquezas y nieves y rayos,
esclavos no más.

Y en cambio aquel hombre desnudo y salvaje,
que aquí muy despacio logró progresar
con mil telescopios y naves, estudia
vuestra inmensidad.

Ya veis como en vano disputáis el triunfo,
que al uno y al otro se debe negar...
La prueba más grande de que Dios existe
Es la humanidad.

FRANCISCO DE ARECHAVALA.

BIBLIOGRAFÍA

DOR incidencia hemos tenido ocasión de hojear y admirar el magnífico *Diccionario enciclopédico de historia, biografía, mitología y geografía*, que ha publicado en la vecina república el conocido y erudito historiador Luis Gregoire, catedrático del Liceo Bonaparte y que con no menos valentía y erudición ha vertido al castellano, adicionando y amplificando la parte correspondiente á España y sus posesiones de Ultramar, una sociedad de escritores españoles y americanos.

Es un libro de tal modo importante para los entusiastas por las ciencias de que trata, que puede considerarse una biblioteca completa, en donde pueden consultarse hasta el detalle los asuntos relacionados con los intereses y las tradiciones de los hechos y de las personas que nos han precedido desde el origen del mundo.

Contiene, como llevamos dicho, cuatro partes distintas, tratadas todas con escrupulosidad y dignas, por tanto, de estudio detenido.

En la primera, que se refiere á la historia, se consigna con imparcialidad y galanura la historia antigua y moderna de todos los pueblos del globo, la cronología exacta é impar-

cial de las dinastías, la arqueología, el estudio de las instituciones políticas, religiosas y judiciales de los diferentes países y el de los diversos sistemas filosóficos.

En la segunda se escribe atinadamente la biografía de los hombres célebres, con una reseña bibliográfica y artística de sus obras más selectas.

En la parte mitológica se expone con suma precisión, y todo lo extensamente posible, la biografía de los dioses y personajes fabulosos, con la enumeración de los ritos, fiestas y misterios de la teogonía del gentilismo.

Y, por último, fijando la consideración en la parte geográfica, son de aplaudir las noticias y datos, la gran suma de conocimientos de geografía física, política, industrial y comercial, que revelan los autores y la comparación que establecen de la ciencia moderna con la antigua.

Dicho sea sin pasión y rindiendo culto á la verdad, es un libro necesario á cuantas personas se dedican al estudio y á todas aquellas que por curiosidad quieren investigar el esclarecimiento de las tradiciones históricas: es, en fin, la enciclopedia más completa que puede honrar la biblioteca de cualquier erudito, reuniendo á tan alto título una condición esencialísima; la de la baratura.

Consignaremos los medios con el fin de prestar un bien á los amantes de las letras.

El Diccionario enciclopédico de historia, biografía, mitología y geografía que nos ocupa, consta de dos tomos en 8.º mayor, de 1.200 páginas cada uno; se publica por entregas semanales de 48 páginas al precio de una peseta en toda España y no excederá de 50 entregas, siendo de advertir que hallándose terminada esta obra puede servirse en la proporción que se pida á la casa de Simón y Osler, de Madrid, calle de las Infantas, 18, (plaza de Bilbao).

Los que prefieran recibirla de una vez, por el precio de 50 pesetas, obtendrán la ventaja de la encuadernación en tela, con lomo de tafilete.

Con el mayor gusto hemos leído detenidamente la Historia de España en verso, que acaba de dar á la estampa el erudito Comisario de guerra D. Domingo Ortiz de Pinedo.

Es un libro de unas doscientas páginas de impresión, en 8.º, con discreción y severidad en la relación de los hechos que ha merecido un luminoso dictamen del Consejo de instrucción pública y que se ha recomendado especialmente para la enseñanza de los niños y clases de tropa.

Comprende los principales acontecimientos políticos y militares, los hechos notables de nuestra historia patria desde los tiempos primeros, y es, en fin, una obra apropiada para enseñar, inspirando amor á la gloria y respeto á los héroes y varones eminentes que supieron conquistarla.

Merece leerse, y por eso recomendamos su adquisición á nuestros suscritores.

Para las condiciones y precio, véase el anuncio inserto en la tercera plana de la cubierta.

También ha llegado á nuestras manos el Almanaque festivo ilustrado al cromo que ha repartido á sus suscritores el periódico *El Motín*. Merece leerse á pesar de lo gastado del asunto.

Z.

ANTIGUO TESTAMENTO

por

D. JOSÉ ANTONIO GARCÍA DE LA IGLESIA

sacerdote de las Escuelas Pías de Castilla.

QUINTA ÉPOCA.

De Salomón la empresa más notable fué el *Templo* que en Salén alzó piadoso al verdadero Dios: ¡obra admirable, del mundo monumento el más grandioso!... Hasta en provecha edad vivió laudable de la inocencia en el sendero hermoso; Mas viciándose al fin ¡arcano impervio! Su eterna salvación dejó en proverbio.

Apenas *Roboam* asciende al Trono de Salomón, su Padre, el Pueblo en masa de voz le expone con humilde tono de los impuestos la excesiva tasa, y su clemencia real llama en abono; pero la niega el Rey: á ajarle pasa con áspera respuesta amenazante, que el Reino turba y parte en un instante.

Entre los Reyes de Judá son buenos y de equidad ejemplos *Ezequías*, *Aza* el piadoso, *Josafat* no menos y *Joatham*. Al terminar sus días de méritos valiosos se ven llenos. Á *Roboam*, su padre, imita *Abías*: impío es *Acaz*, como *Joram* perverso, y *Joás* y *Ozías* tienen fin adverso.

Del Reino de Israel mancha el decoro y el precepto de Dios torpe quebranta *Jeroboam* con los Becerros de oro. Uno en Bethel, y en Dan otro levanta y á sus Pueblos, cual dioses, con desdoro se los hace adorar contra Ley Santa. Todos sus sucesores le excedieron en la impiedad, y míseros murieron.

Castiga Dios de *Acab* las impiedades, al gran *Profeta Elías* suscitando, de los cielos las llaves, sus bondades sin límite en sus manos colocando. Obra milagros mil, y las maldades del Rey prosiguen á Jehová irritando, hasta que un dardo, que casual venía, con muerte horrible su protervia expía.

No tanto como *Acab* reinar alcanza *Ocozías*, perverso de igual suerte. Por no poner en Dios su confianza sino en los falsos dioses, de su muerte *Elías* le apercibe sin tardanza con grave indignación y acento fuerte. Después en carro fulgurante al cielo llevado fué el Profeta desde el suelo.

Discípulo de *Elías*, *Eliseo* con su virtud profética resplande, y el manto hereda y su misión ó empleo. Del Sirio Rey el plan infcua entiende y con suceso raro el mal deseo burla del que la Ley hollar pretende. Cuando Samaria está abocada á ruina, su inesperado triunfo vaticina.

De Acab borra *Jehú* la descendencia;
mas Rey ya de Israel, curva su frente
de los Becerros de oro en la presencia.
Joacaz sigue su idólatra corriente,
y aunque *Jonás* predica penitencia
y Nínive aterrada se arrepiente,
los últimos monarcas israelitas
se extinguen por maldades infinitas.

Contra el pueblo israelítico levanta
Dios á *Salmanasar*, Rey poderoso
de la Siria, que tropas adelanta
y cerco pone á Samaria ansioso.
Presto con un asalto el triunfo canta,
y á *Oseas* en prisión hunde, orgulloso,
llevándose las Tribus á su imperio,
do sufren horroroso cautiverio.

Tobías, hijo y Padre, son modelo
en Nínive de todas las virtudes:
son de sus concautivos el consuelo,
alivio en sus desgracias é inquietudes.
De entrambos la virtud el alto cielo
probó con mil y mil vicisitudes,
y por la caridad que practicaron,
en su casa un Arcángel hospedaron.

Ya en el trono *Ezequías*, el más santo
rey de los reyes, que en Judá se viera,
celoso de la Ley mostróse tanto,
y del culto de Dios de tal manera,
que en todos sus dominios hizo al canto
reinar la paz que la virtud prospera.
Guerra Senaquerib altivo le hizo,
más pronto un Ángel su ambición deshizo.

Manasés la virtud y las piedades
no imitó del bonísimo Ezequías.
Puso el colmo á sus mil iniquidades
con la muerte que dió al santo *Isaias*.
Mas Dios para vengar sus impiedades
con prision y dolor turbó sus días,
hasta hacer, por su gracia, un rey modelo
del que antes tan perverso miró el suelo.

Nabucodonosor, el rey primero
de este nombre, fundó el imperio Asirio
y con múltiples triunfos altanero
quiso hacer de su gloria en el delirio
de Dios al noble pueblo su pechero.
Con sangre y fuego y general martirio
amenazó á Betulia, ya sitiada;
mas pronto por *Judith* la vió librada.

Amón de la impiedad corrió la senda
de Manasés, su padre, de igual modo,
sin imitar su conversión, ni enmienda.
Josías despues de él, laudable en todo,
dando á su celo santo larga rienda,
de Bethel el Becerro lanzó al lodo;
pero la puerta á la impiedad impura
dejó abierta su muerte prematura.

Los cuatro reyes de Judá postreros
toda clase de excesos y pecados
obraron, sin oír los lastimeros
ayes de *Jeremías* inspirados,
acentos celestiales justicieros.
Al Pueblo corrompieron, y llevados
en pena al cautiverio los Judíos,
fueron de Babilonia hasta los ríos.

Nabucodonosor Segundo, airado,
sitia á Jerusalem, que se revela,
y por fuerza la toma denodado.
Su gente mata, la ciudad asuela,

el templo del Señor deja abrasado,
cual rayo vengador por do quier vuela,
arranca á Sedecías los dos ojos
y á sus hijos degüella en sus enojos.

Hubo entre los hebreos, que afligidos
á Babilonia desterrados fueron,
cuatro niños, que entre otros escogidos
por el Rey, en palacio recibieron
educación y estudios distinguidos;
ciencia, empleos y honores consiguieron
por ser frugales siempre en las comidas,
no gustando las viandas prohibidas.

Susana era una hebrea muy hermosa,
que en virtud é inocencia fué criada.
A la muerte se expuso generosa,
por no ver su pureza mancillada.
De adulterio acusada con la odiosa
calumnia por dos viejos inventada,
iba á morir, cuando *Daniel* ser pura
probó y de los infames la impostura.

Misael, Ananías y Azarías
la estatua de oro venerar rehusaron.
Por no acatar del rey leyes impías
en un horno encendido los lanzaron;
mas ilesos en él, con melodías
de Dios la gloria y su poder cantaron,
y el Rey viendo un prodigio tan de bulto,
mandó al Dios verdadero rendir culto.

Del culto, que con mengua tributara
Rey *Evtlmerodack* por un engaño
al ídolo de Bel, con traza rara
Daniel retrajo y descubrió el amaño
con la ceniza que en el templo echara.
Las huellas luego el Rey con desengaño
vió de los impostores, é indignado
les dió muerte y el templo fué asolado.

Ciro, Rey de los Persas dió la muerte
al impío *Baltasar*, el Rey postrero
de los asirios. Alivió la suerte
de los cautivos luego el Rey primero:
Dario el Medo, poderoso y fuerte,
que distinguió á *Daniel* con un sincero
atecto, y gozó en verle decorado
como primer ministro de su Estado.

(Se concluirá).

Tenemos la satisfacción de poner en conocimiento de nuestros lectores, que el conocido pianista D. Ignacio Carrillo ha sido nombrado profesor del Conservatorio.

No siempre por desgracia en nuestra patria corroida por el favoritismo y la ambición, suele hacerse al mérito extricta justicia; pero en la ocasión presente, la ha habido completa al designar para ese puesto á un hombre que, como Carrillo, lleva ya largos años demostrando que á la vez que es un habilísimo é inspirado pianista, es un inteligente y asíduo profesor, como lo han probado los repetidos triunfos que han obtenido sus discípulos.

Felicitemos cordialmente al Sr. D. Ignacio Carrillo, con cuya amistad nos honramos, por esa justa recompensa concedida á sus méritos é igualmente damos nuestro parabién al Director y profesores del Conservatorio de Madrid, por contar desde hoy con un compañero como el Sr. Carrillo, digno de ellos.

LA FUENTE Y LA PALMERA

APÓLOGO.

Erguido el tronco y elevado al cielo
En el oasis la gentil palmera
Esbelta y altanera
Del africano suelo,
Abraza con su sombra protectora
La fuente bullidora
Que con blando murmullo cadencioso
Besa el tronco escamoso
Del árbol del desierto y la onda pura,
Líquido espejo de bruñida plata
Cariñosa retrata
De la esbelta palmera la figura.
.
.
.
El árabe viajero
Que cruza del desierto la llanura
Sufriendo el dolor fiero
Del hambre y de la sed, ve en lontananza
El árbol que al descanso le convida
Y su vista le presta nueva vida
Y más y más en su camino avanza.
Cuando ya destrozado
Llegar logra al oasis codiciado,
Apaga de la linfa en la corriente
La sed cruel, ardiente,
Que sus fauces secaba, y la palmera
Le ofrece sus racimos apretados
De dátiles dorados
Que aplacan del viajero el hambre fiera.

*Lo mismo en el desierto de la vida
La palmera querida
Contempla siempre al hombre en lontananza
Y percibe la fuente bullidora;
La querida palmera es la Esperanza,
Y la fuente en sus aguas atesora
La Fe que bebe ansioso
Fe y Esperanza que le dan consuelo
En su camino largo y doloroso
Por el triste desierto de este suelo.*

VENTURA MAYORGA.

Dedicados como estamos á la infancia, es nuestro deber seguir con interés las esperanzas de los niños estimulándolas; siendo natural que todo lo que con ellos se relacione, ocupe nuestra atención.

Con verdadera alegría, hemos pues, leído en algunos periódicos de San Sebastián el éxito obtenido en el teatro del Circo de aquella capital por la niña Pepita Cobeña, hija del conocido pianista del mismo apellido.

Como esta privilegiada niña de cuatro años de edad, es conocida del público de Madrid que varias veces ha aplaudido, la agilidad, limpieza y sentimiento con que ejecuta al piano difíciles piezas no sólo para una niña, sino para cualquier alumno que lleve siete años de asíduo estudio, nos abstenemos de hacer de ella elogios que siempre serían pálidos al lado del vehemente entusiasmo que despierta en todos los que la oyen una vez siquiera.

Felicitemos á su papá de todo corazón y nos felicitamos nosotros, pues siendo como somos amigos sinceros de los niños, su causa es la nuestra, y como nuestros miramos todos sus triunfos.

TIPOGRAFÍA GUTENBERG
Á CARGO DE MANUEL SALAMANQUÉS
Calle de Villalar, 5.

1 Joacaz, Jakín, Jeconías y Sedecías.

1 Daniel, Ananías, Misael y Azarías.